

Una Palabra

Tengo una libreta para cada palabra que encuentro. En una escribo: "Odre", aunque no sé lo que significa. En otra: "Azahar" porque tiene tres "as". La siguiente es "Sweetie", me gusta cómo suena. A veces es una frase entera: " El disfraz de un pensamiento" o guardo fotos y hojas del campo.

Compro una libreta cada día. Siempre diferente, como diferentes son los días y el ánimo. De tapas blandas o duras, con cuadrícula, rayadas o lisas; algunas con dibujos ocultos que no entorpecen lo que escribo; otras con margen o sin él.

Una libreta, una palabra. Como un hechizo. La abro, dejo una hoja en blanco y allano con el puño los dos lados. En cuanto trazo las primeras letras y cuento las vocales, la palabra ocupa su lugar. Me gustaría añadir otra, aunque esto no ocurre nunca. La recién llegada reclama siempre un sitio honorífico, un reinado propio. Si las necesito, abro todas las libretas, que se desparraman como las ramas de un árbol tumbado en el suelo. Entre ellas cuchichean, se ríen y se miran por encima del hombro. "Mira lo que tengo" "La mía tiene más linaje que la tuya". Como buenas cortesanas se retan con burlas y aspavientos.

Hasta que un día ocurre algo extraño. Un día recibo una carta. En el sobre leo mi nombre y apellidos con el número y la calle. La letra es firme, redonda y clara, el remitente está en blanco. Jamás he recibido una carta. Es una sensación desconocida, como lo es la primera vez que pruebas la comida de otro país. Cuando la abro, hay algo más sorprendente. No es tanto lo que dice, sino que yo hubiera escrito casi lo mismo. Miro por la ventana mientras mi cabeza desovilla el misterio. Alguien me habla, me dice cosas que sólo yo puedo entender. Visualizo a las amigas más cercanas. Ninguna coincide ni en la forma de escribir ni en la de pensar para decir todo esto. ¿Cómo es posible que sepa tanto de mí? En esta carta hay secretos que no he contado a nadie, que de tan solo leerlos, se me suben los colores. Y sé desde ese instante que tengo que esconderla. Sólo de imaginarla en otras manos, un mareo se me enrosca por dentro.

Lo peor no es eso. Lo peor es que después de la primera, llega otra, una más, y así recibo una carta cada semana; todos los martes, como si el Dios de la Guerra, quisiera encarnizarse conmigo, porque a veces me regaña: el papel confiesa la manía que tengo de arrancarme los padrastrós de las uñas, el miedo a ir en bici o los "zascas" que doy a las amigas. Me siento tan abierta como una de mis libretas, que con lo poco que contienen, siempre es la información justa, la más adecuada. Hago alguna tentativa de preguntar sin desvelar el secreto. "¿A quién le gusta escribir cartas?. Está de moda y resulta divertido". Pero nadie me mira, cierran los ojos y siguen hablando. ¿Es un algoritmo que asalta mi pensamiento? o me las envían desde la nube.

Algunas son una declaración de amor. Me animan tanto que salgo a la calle y puedo con las noticias y la guerra, con el trabajo y la ansiedad, con la lluvia que persiste y hasta conmigo misma. Cada carta es diferente. Luminosa, a veces, otras más sombría. Hay lágrimas, nostalgia y desamores, aunque también risas, muchas risas; con frecuencia me oyen reír desde el dormitorio. Nunca he estado tan acompañada.

Con el tiempo me doy cuenta de que si un martes no llega una carta, ya nada será igual, y empiezo a tener un sueño reincidente:

Corría sin saber hacia dónde hasta que llegaba a un lugar llamado Los Países Raros. El gris de la tierra se abultaba en forma de cráteres, como ojos dormitando en sus propias cuencas. Yo añoraba el verde de los valles y el espejo de los lagos. Pero todo era tan oscuro como la sala de un cine con apenas unas cuantas luces en la pantalla.

Por fin llega otra carta. Y yo sigo comprando y llenando libretas con una sola palabra. Un día decido anotar la hora de llegada del cartero. Pero si bajo las escaleras corriendo, ya se ha marchado, dejando tan solo una carta en la entrada.

Entonces ocurre lo peor, lo que me desvela por la noche hasta que desentierro la mañana: es martes y no llega ninguna carta.

El médico sale del dormitorio después de examinarme. Hace días que una infección en los pulmones me retiene en cama. Rodeada de medicinas, libros y libretas, el móvil no para de sonar. Pero la carta no llega ni ese martes ni el siguiente. Voy cayendo lentamente en un cráter como los del sueño, y enfebrecida escucho voces, a pesar de que sólo veo labios que se mueven alrededor. Soy arrojada desde lo alto de un árbol. De sus ramas cuelgan libros que me golpean con el lomo mientras sus bocas se abren y se cierran, exhalan palabras en el aire.

Hasta que una mañana me despierto rota de toser toda la noche. Cojo una libreta y un bolígrafo: el arma perfecta para que la tinta navegue como la sangre. Y empiezo a escribir. No pienso en nada, ni recuerdo nada, sólo me resbalo por el papel, por las palabras que aterrizan, que murmuran en mis oídos. Siento el cuerpo blando y frágil, pero la mano firme. Las palabras respiran en el pozo blanco del papel. Buscan las entrañas, la raíz y la tierra, y se acaban encogiéndose en un solo pronombre. Todo queda reducido a un solo pronombre:

Yo.

Tu.

Y escribo una carta: la que esperaba y no había encontrado su cuerpo. Escribo una palabra, me detengo, la vuelco, se pasea por mis vísceras. Otra. Una más. Cuando acabo, sin saberlo, desdoble una de las cartas que recibía los martes. La vuelvo a leer...la voz resuena tan íntima como un túnel secreto.

Carla 7